

VIDA RELIGIOSA

M. Ustarroz

Nos ha llegado un estudio acerca de *La vida religiosa*, escrito por Antonio Royo Marín¹. El autor señala que lo que distingue a los religiosos de los laicos es la forma de practicar la virtud de la religión. Los primeros lo hacen "totalmente" como un holocausto hecho a Dios. Distingue además entre "estado de perfección" y "forma completa" de ese estado de perfección. Entre los estados de perfección, que se caracterizan por practicar los tres consejos evangélicos, figuran los institutos seculares. Pero la perfección de la vida religiosa, la "forma completa", exige la vida común. Esto es típico del "estado religioso" que abarca la incorporación a una sociedad, la convivencia bajo un mismo superior, el vivir bajo un mismo techo, y recibir de un fondo común lo necesario para el uso. Con respecto a la caridad, la deben practicar religiosos y laicos, pero se distinguen en la manera de practicar la religión en orden a la perfección de la caridad. El laico da a Dios sólo una parte de sus actividades, no la totalidad de su vida. El religioso se da totalmente y por toda su vida al culto divino con el compromiso de los votos, prescindiendo del grado de perfección que tenga en él la virtud de la caridad. Sin embargo, hay que señalar la referencia a la caridad. La vida religiosa se encamina a eliminar los obstáculos que se oponen a la perfección de la caridad. Sto. Tomás emplea el adverbio "totalmente" que modifica el despego de las creaturas y la adhesión al Creador por parte del religioso. La destrucción total del apego a las cosas del mundo y la entrega total del hombre al servicio de Dios. Abandonar todo para seguir a Cristo es lo que significan los tres votos de los religiosos. Algunos cristianos no se contentan con darle a Dios un sacrificio y le ofrecen un holocausto, toda la víctima. Los tres votos esenciales no son sino medio de la vida religiosa. Son para alcanzar con más rapidez y facilidad el fin del estado religioso que es la perfección de la caridad. El libro aparece dividido en tres partes. En la primera, *Aspecto Canónico*, sigue fidelísimamente el orden y la orientación del *Codex* incluyendo explicaciones de comentaristas y normas de la Sgda. Congregación de Religiosos. En la segunda, *Aspecto Teológico*, intenta una "breve teología" del estado religioso y de los consejos evangélicos a base del esquema del can. 487. En la tercera, *Aspecto Ascético-Místico*, aborda la espiritualidad propia del estado religioso como la parte más extensa e importante del libro. Termina con apéndices de la doctrina pontificia sobre la vida religiosa, el capítulo sexto de la *Lumen Gentium*, la *Disciplina Claustral*

¹ A. Royo Marín, *La vida religiosa*, BAC, Madrid, 1965, 664 págs.

de Tomás de Kempis, y las *Cautelas y Avisos* de S. Juan de la Cruz y de Sta. Teresa. La obra es de indudable utilidad. Los mejores textos de Sto. Tomás y de muchos autores clásicos y modernos, acerca de la materia, desfilan y se agrupan en capítulos diversos. Es una pena que el autor no considere más a fondo los aspectos eclesiales del estado religioso, fundamentales en la pastoral actual y puestos de relieve en la Constitución *Lumen Gentium*. Tal vez por eso el libro expone con claridad y solidez cada capítulo, pero no logra una unidad de concepción para todos sus elementos.

César Vaca, en *La Vida Religiosa en S. Agustín*, vol. III², transcribe el cap. 6 y 7 de la Regla de S. Agustín *Ad Servos Dei* según el texto de Migne, con una traducción castellana. A continuación propone trece meditaciones para el cap. sexto, y nueve para el séptimo. En el capítulo sexto se refiere a la santidad de vida que se trasluce en el vestir y las actitudes externas de los religiosos, especialmente en la manera de mirar. De cómo miremos nosotros depende, en gran parte, el comportamiento de los demás. Dios que vive en nosotros, de este mismo modo nos guardará de nosotros. En el cap. séptimo se refiere a la corrección fraterna de los que son sorprendidos en faltas aludidas en el capítulo sexto. No podemos callar y permitir que perezcan nuestros hermanos a los que podemos corregir hablándoles. La Regla muestra el orden que pide la caridad a fin de que el que falta, reconozca su mal y lo corrija. "Y ésto obsérvese con diligencia y fidelidad... con amor a los hombres y odio a los vicios". La confesión humilde del mal por parte del que lo cometió, le vale de sanción, pues en los monasterios se ha de imitar el estilo que tiene Dios con los pecadores. Abundan detalles como éste, muestras claras de la grandeza del corazón agradecido de Agustín.

Andrés Manrique nos entrega, en *La vida monástica en S. Agustín*³, una recopilación de textos acerca del origen, propagación y contenido de la concepción agustiniana de la vida religiosa. De las obras del santo se extracta un valioso *Enchiridion* en donde se puede seguir la formación de su ideal religioso, desde la lectura del Hortensio, pasando por el retiro de Casiciaco, hasta las últimas fundaciones. S. Agustín había descubierto las delicias de la vida en amistad para buscar la sabiduría y, a medida que avanzó su conversión, no tardó en vislumbrar el ideal de los Hechos de los Apóstoles. Su monaquismo se satura de tradiciones antiguas, pero su punto de partida original es la amistad sobrenatural. En el monasterio, el grupo de amigos se eleva en el esfuerzo común de estudiar la sabiduría. Avanzar unidos en santidad y apostolado, y trabajar por la unión perfecta de sus corazones entre sí y con Cristo. Su doctrina acerca del monacato aparece en capítulos que tratan de la consagración a Dios, de la virginidad,

² C. Vaca, *La vida religiosa en S. Agustín*, Religión y Cultura, Madrid, 1955, 347 págs.

³ A. Manrique, *La vida monástica en S. Agustín*, El Escorial, Salamanca, 1959, 546 págs.

de la vida común; de la caridad, pobreza, obediencia, castidad, humildad, oración, apostolado, contemplación, estudio, trabajo, mortificación y la "Regula ad Servos Dei" con su probable destinación a los monjes de Adrumeto. S. Agustín no pensó en una familia única de religiosos con un gobierno único. Esto aparecerá más tarde en la vida de la Iglesia con la mayor evolución y actuación más material de la unidad católica. Aspiró simplemente a vivir como monje con sus amigos propagando su ideal por cualquier parte. Y así nos parece ahora un autor moderno. Antes de cada grupo de textos latinos, hay una introducción castellana que orienta claramente al lector. Todo este trabajo hace presentir y desear el que reseñamos de inmediato.

En un libro de más de cuatrocientas páginas, Andrés Manrique, en *Teología agustiniana de la vida religiosa*⁴, hace buenas reflexiones teológicas acerca de la vida religiosa según S. Agustín. Hemos de agradecerle una publicación tan oportuna en momentos en que la consagración total a Dios reclama todo el esfuerzo de teólogos y pastores de almas. Crece su actualidad debido a que hace derivar la concepción de la vida religiosa según S. Agustín de la noción y la vida misma de la Iglesia. El monje agustiniano vive traduciendo, al quehacer cotidiano, la realidad del Cuerpo Místico de Cristo. Los valores providenciales de esa vida eclesial son abundantes: liturgia, oración, contemplación, estudio de la Escritura, trabajo, luchas, penitencia. Todos estos valores e incluso la obediencia y el mismo "propósito de santa virginidad" tienen un principio único teológico en la mente agustiniana: el "anima una et cor unum in Deum". El "santo propósito de la vida común" encierra ni más ni menos que la profesión y el fin de los que vienen a vivir en el monasterio. Se reúnen allí, lo primero, para formar una sola alma y un solo corazón en Dios. Y esta característica es todo un plan de vida e índice de perfección. No se trata sólo de vivir en una casa y tener una bolsa y mesa comunes. Es necesario el "anima una et cor unum in Deum". El alma entera del monje ya no le es propia sino que pertenece al "anima una", al "cor unum" de Cristo. La unidad de la comunidad descende de la Cabeza Cristo. Hay vida religiosa en la comunidad si los monjes tienen un alma y un corazón en Cristo. El es camino al Padre que nos santifica enviándonos al Espíritu fuente de unidad. El derrama en todos y cada uno de los monjes el "unguentum unitatis" que es la caridad. El llega al alma y al corazón de cada uno para hacerlos "anima una et cor unum", que convierte no sólo a cada uno sino a toda la comunidad en un templo orgánico y vivo del Espíritu Santo dentro de la Iglesia. La comunidad de bienes y lo exterior común son símbolo material de algo mucho más profundo y formal: el "anima una et cor unum in Deum". Si en el corazón de los hermanos no habita la caridad de Cristo,

⁴ A. Manrique, *Teología agustiniana de la vida religiosa*, El Escorial, Salamanca, 1964, 410 págs.

viven sólo corporalmente en comunidad. Es menester que vivan en sociedad concorde y ordenada al gran bien común a todos y a cada uno: Dios. Así son una verdadera Ciudad de Dios. Habitar los hermanos en uno es lo que dio origen a la vida monástica. Su modelo es la comunidad que en Jerusalén formaron los primeros cristianos. Y el milagro de reunirse así "in unum" sólo puede darse por la unión de los corazones en Dios. La comunidad de amor espiritual fraterno forma una Iglesia llena de vitalidad dentro de la Iglesia. Cada cristiano que entra en la comunidad significa aumento de amor también en la gran comunidad. "Aquí tenéis, decía S. Agustín, la forma de vida que deseamos cumplir". Y leía el texto de los Hechos, agregando: "¿Oísteis lo que queremos? Rogad para que podamos".

SANTIDAD Y VIDA EN EL SIGLO

M. A. Fiorito

Nos ha llegado *Santidad y vida en el siglo*¹, de la colección titulada *Laïcát et Sainteté*, dirigida por G. Thijs y K. Vl. Truhlar, cuyo primer volumen comentamos a su tiempo (cfr. Ciencia y Fe, 20 [1964], pp. 317-319, 350-354). El objetivo de este segundo volumen es la presentación de un ideal equilibrado de santidad cristiana, liberado de ciertas exageraciones más propias de las épocas de decadencia de ciertas corrientes de espiritualidad (monaquismo, escatologismo, etc.), que intrínsecas a estas mismas corrientes. En la introducción se insiste, como núcleo de muchas de estas exageraciones, la identificación simplista entre vida de oración (entendiendo por tal el tiempo formal dedicado a la misma, con exclusión de toda otra actividad que no sea el "vacare soli Deo") y vida de santidad. La tradición verdaderamente cristiana no propicia tal simplificación, y esto es lo que los autores de este volumen quieren demostrar, aduciendo para ello (según el método usado en el anterior) los testimonios del Antiguo Testamento, los evangelios, San Pablo, los Padres, así como la teología contemporánea (y esta variedad de fuentes explica la variedad de los autores invitados a tomar parte en este volumen). El problema fundamental que se plantean los autores es: ¿cómo unir vida teologal y acción temporal o secular, aunque no se piense en Dios de una manera explícita y distintamente? En otros términos, ¿cuándo y cómo se puede vivir una caridad implícita, pero vital y a la vez auténtica? Y los subtemas que este tema fundamental implican son: valor del obrar, Marta y María, contemplación y acción, gracia y trabajo, vida interior y ocio, amor de Dios y amor del mundo, vida en y huida del mundo, vida celestial y prefigura-

¹ *Sainteté et vie dans le siècle*, Herder, Rome, 1965, 264 págs.